

# Los goles y el tiempo

Juan Villoro

*Todo juego entraña una suspensión del flujo habitual de la vida; bajo los ardientes reflectores, las canchas obedecen a reglas y propósitos artificiales. En este caprichoso universo, el fútbol se distingue por un rasgo de inquietante naturalidad: no dispone de recursos para detener el tiempo. Relato que corre con la inclemente alevosía de la vida, el fútbol le debe mucho a la imaginación. En ningún otro territorio 90 minutos duran en forma tan inventiva; incluso las jugadas rápidas dependen del control del tiempo.*

---

**Juan Villoro:** narrador y ensayista mexicano. Ha publicado las novelas *El disparo de Argón*, *Materia dispuesta* y otros libros de relatos y crónicas.  
**Palabras clave:** fútbol, tiempo, cultura del fútbol.

---

*A la memoria de Juan Nuño*

*Ay de un club que no cultiva santas nostalgias*  
Nelson Rodrigues

El tiempo es el gran estratega del fútbol. El partido dura 90 minutos, una jugada ocupa unos cuantos segundos y cinco o seis jugadas definen el marcador. En otras palabras, el problema estriba en qué hacer con los 89 minutos restantes.

La esencia del partido es el triunfo; sin embargo, el aficionado suele decepcionarse con las golizas, incluso con las que caen a su favor. Un 6-0 huele mal, sugiere que anotar es cuestión de suerte, relaja en exceso a los ganadores, les da una confianza tan turbadora que llegan en pijama al siguiente partido. Acaso estemos ante el único deporte donde los tantos pueden ser un desperdicio; sólo si el adversario contesta con la misma furia, la borrachera de goles es legítima (un caso

emblemático: el 5 a 4 del Barcelona-Atlético de Madrid, después de que el Barcelona perdía 3 a 0). Jugar bien no significa anotar en cada avance a la manera del básquetbol sino dominar al rival con amenazas potenciales. La pelota que duerme en el empeine de un líbero cobra sentido por sus destinos posibles, inminentes: los huecos a los que pueden llegar los delanteros. Salvo en las grandes casualidades –que también son estratégicas–, quien gana el partido es quien controla los amagues, los 89 minutos en los que el balón es un peligro conjetural.

En «Teoría de los juegos», uno de los ensayos que integran su admirable *Veneración de las astucias*, Juan Nuño se ocupó de la especificidad temporal del fútbol. Otros deportes carecen de una duración determinada y pueden interrumpirse a solicitud de los entrenadores. Por ejemplo, el béisbol ignora la cronología con soberano desdén. Como en la *Odisea*, la meta es volver a *casa*, pero la rapidez del viaje depende de los reflejos de los peloteros.

Todo juego entraña una suspensión del flujo habitual de la vida; bajo los ardientes reflectores, las canchas obedecen a reglas y propósitos artificiales. En este caprichoso universo, el fútbol se distingue por un rasgo de inquietante naturalidad: no dispone de recursos para detener el tiempo. «Un partido de fútbol es más angustioso y dramático que otro juego cualquiera –escribe Nuño–, porque, en él, el tiempo corre paralelo al tiempo de la existencia humana. La pasión que genera el fútbol hunde sus raíces en la oculta presencia de la muerte, que está presidiendo todos los actos humanos, cada vez que esos actos se miden con el paso del tiempo». Los minutos que avanzan afuera del estadio coinciden con los del partido. En el fútbol americano, un pase incompleto detiene el reloj; en el tenis, la «muerte súbita» puede ser tan larga como el equilibrio entre los oponentes. En cambio, en el Maracaná el tiempo conserva su insistente capacidad de menguar el destino. De ahí la dimensión épica de quienes saltan a enfrentar la muerte a plazos. Ni siquiera el decepcionante 0 a 0, garantiza una prórroga. Sólo en casos excepcionales, que deciden un campeonato o una clasificación, el partido se somete a la terapia intensiva de los penales o el «gol de oro». Para el espectador, estas amargas soluciones están más cerca de la ruleta rusa que del fútbol.

La tiranía del reloj suele ser desafiada por toda clase de estrategias mentales. En las tribunas, esos seres ajenos al recato que llamamos «porristas», «hinchas» o «tifosos» le otorgan un pasado a la contienda; los 90 minutos se revisten de una duración ilusoria, son el episodio actual de una vasta genealogía de afrentas. El balón al fondo de las redes enemigas tiene mérito estadístico, pero sobre todo

cobra agravios pendientes. El pedigrí de una anotación depende de una historia que se remonta a los orígenes mismos del club. Para el tifoso del Inter, con las mejillas pintadas de azul y negro, un calcetinazo que termina en la portería del Milán es preferible a una vistosa tijera contra una escuadra desconocida.

Como es de suponerse, los partidos también se alargan después de ser jugados, en las sobremesas que en ocasiones sólo se interrumpen con el divorcio. Y nada activa tanto el vocabulario como las acciones apretadas, la caída de un dios en el límite del área, a 15 metros de un árbitro miope que tiene un segundo para decidirse ante las 50.000 gargantas que le piden un penal. Sobran explicaciones para las jugadas confusas y el fan se repone del resultado aplicando su propio reglamento: «¿desde cuándo se expulsa a alguien sólo por tirar dos dientes con el codo?». Más allá del suceso ingrato, las quejas traman un partido paralelo que rebasa con mucho los 90 minutos. «El fútbol tiene mejor memoria para la polémica que para la belleza», ha escrito Jorge Valdano, lo cual significa que todo gol de Alemania a Inglaterra es una venganza contra aquel gol fantasma en la final de Wembley 66.

La nostalgia futbolística siempre tiene prisa. Félix Fernández, portero del Atlante, comenta que entre las cosas que perdió al pasar del fútbol *amateur* al profesionalismo, la más valiosa es el «tercer tiempo», el rato de cervezas donde lo único mejor que ver un gol es recordarlo, donde las jugadas se dilatan como si Proust fuera el nuevo entrenador del equipo.

Los goles conversados tardan más en caer. Pero también aquí hay excepciones. En *La intimidad del fútbol*, el entrenador argentino Angel Cappa logró el récord de narrar una jugada en su tiempo natural. De las muchas virtudes del balompié, Cappa prefiere el juego de conjunto; en otras palabras, su gol favorito es larguísimo: 31 toques consecutivos para llegar a las redes, durante un minuto y 27 segundos. Este gol de vitrina sucedió en Liverpool, en las eliminatorias para la Copa Europea de Naciones, entre Irlanda y Holanda.

No hay duda de que la memoria propina golpes traicioneros y en ocasiones el peso de los recuerdos retira a un hincha del fútbol. El cuento «19 de diciembre de 1971», de Roberto Fontanarrosa, se ocupa de esta situación límite. El viejo Casale ha renunciado a ver al Rosario Central; ha sufrido tantas veces en nombre de su club que se encuentra al borde del infarto, en franca saturación emocional. Pero Casale también es una leyenda de barrio: cuando iba al estadio, el Rosario ganaba. Una banda de jóvenes que ignora el filo terrible de los recuerdos, decide secuestrar al viejo y llevarlo como amuleto vencedor a las tribunas. El gozo de ver al Rosario

puede más que la taquicardia; Casale disfruta el partido hasta que su equipo gana y él cumple su doble cita con el destino: muere en estado de gracia por contribuir al triunfo.

El fanático que fallece se va, como dirían los antiguos, «con la mayoría», que es donde se encuentran los mejores porristas. Si el fútbol es un desafío contra la muerte, una dilatación imaginaria de los 90 minutos implacables, hay que suponer que en las gradas resuenan los vítores de todos los que alguna vez gritaron en favor del equipo. Los locos que inventaron el «síquitibum» reencarnan en cada tribuna mexicana y los madridistas que cantaron el primer *Alirón* en trance feliz regresan, mal que les pese, con el inmoderado Orgullo Vikingo que llena una cabecera del Santiago Bernabéu. Nelson Rodrigues, el cronista que bautizó a Pelé como *Rey*, sabía que toda pasión tiene sus pioneros y que en las grandes gestas se requiere de un apoyo mortal. Entre los gritos de guerra y los delirantes festejos que integran su antología de artículos *À sombra das chuteiras immortais* destaca una impecable invitación necrológica: «Nadie puede faltar al Maracanã el domingo, e incluyo a los fantasmas en la convocatoria: la muerte no exime a nadie de sus deberes con el club». Quien haya escuchado el furor de un estadio lleno sabe que hay más voces que espectadores: los fantasmas acudieron a la cita.

Aunque la pasión partidaria se acumula, es obvio que los recuerdos tienen un impacto desigual; ningún lance contemporáneo enciende el fuego de las pasiones infantiles. Cuando llega a la edad de los entrenadores, el aficionado revisa los goles que pueblan su cabeza y descubre que los más emocionantes fueron anotados por titanes que ya murieron o padecen Alzheimer. Surge entonces la tentación de la nostalgia y de creer que toda cancha pasada fue mejor, algo tan grave en términos futbolísticos como una fractura de rodilla; un golpe con certificado de jubilación.

El espectador de museo, que compara a todo extremo con Garrincha, es un amargado de peligro. Nada que suceda hoy estará a la altura de los presuntos héroes que jugaban sin cobrar y atajaban penales con los brazos atados. Las costumbres perdidas se convierten en los detalles que daban verosimilitud al paraíso: ¡qué majestad había en la formación 4-2-4, los árbitros vestidos de negro, las porterías de madera, el balón de cuero crudo, amonestaciones con ademanes de afrenta, que no escatimaban el índice en el cuello!

Esta mitomanía arruina con minucia el presente, hace de todo debut una traición y tiene por principal víctima a quien la padece. El problema se vuelve colectivo

cuando el amargado comunica sus noticias: el Real Madrid sólo vale si alinea a Di Stéfano, todos los tiros de Raúl son atajados por Arconada. El memorialista ultrajante exclama: «¿no sabes lo que era antes!». Las bailarinas que no se depilaban las piernas le parecen más atractivas que las sílfides del último verano, entre otras cosas, porque ya no hay modo de hallarlas.

El relato «Esse est percipi», de Borges y Bioy Casares, reúne dos defectos del fútbol: la supremacía de la televisión y los engaños de la nostalgia. El balompié es algo que ya ocurrió; en la actualidad, los locutores inventan las contiendas y deciden el marcador. Tulio Savastano, presidente del Abasto Juniors, explica la verdadera condición del juego: «No hay *score* ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locutores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de fútbol se jugó en esta capital el 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el cameraman».

Normalmente, el partido *también* sucede en las crónicas y en los recuerdos; en la pesadilla memoriosa de Borges y Bioy Casares, *sólo* sucede como calculada imaginación, es un negocio teatral que prospera desde el día de San Juan de 1937. El relato toca un vicio central de los espectadores; son muchos los que atesoran un simbólico 24 de junio, la fecha en que, según ellos, el fútbol dejó de existir.

De niño, yo temía a los hombres de boina y puro apagado que se acercaban a contarme las hazañas de Lángara en el fútbol mexicano. Aunque aún no me convierto en un espectro que acosa con sus recuerdos a los más jóvenes, ya tengo una cuota pasional dominada por la nostalgia. Ningún gol puede afectarme como uno de hace cerca de 30 años. Estoy en la final de México 70 y escucho la tremebunda frase de mi padre: «en la final, el equipo que anota primero pierde; así ha sido en todos los mundiales». Veo el salto del *Rey* para llegar a la cita del destino con su frente, el balón en las redes, la mirada de Gerson rumbo al cielo y sus manos unidas en plegaria, el estadio Azteca volcado en la emoción compensatoria de apoyar a los brasileños. «El que anota primero pierde». La negra profecía carga de dramatismo el festejo. Tengo 13 años y mi padre siempre ha tenido razón. Pero Brasil tiene a Pelé.

Dieciséis años después, en el estadio Azteca de 1986, vi a Maradona anotar sus dos goles de leyenda ante Inglaterra, el más perfecto en la historia de la ilegalidad y el

más perfecto en la historia del Mundial. Decir que el gol de Pelé me *gustó* más sería un rencor nostálgico; decir que el gol de Maradona me *emocionó* más sería un atropello digno de tarjeta roja. Así de complicados son los archivos futboleros. Incluso los olvidadizos que llevan listas dobles al supermercado se vuelven elefantes con los ídolos que comprometen su pasado. En una ocasión, un hombre de unos 70 años se acercó a la mesa del restaurante donde tres amigos llevábamos horas hablando de fútbol. El vino que había tomado daba a sus mejillas un tono levemente magiar. No nos sorprendió que preguntara: «¿A ver, díganme la alineación de Hungría en Suiza 54?». Después de Puskas, nos quedamos en ceros. El hombre se alisó el bigote cenizo, adoptó una posición de húsar y recitó la alineación quebrantalinguas de la famosa Hungría que perdió la copa de milagro. ¿Tenía buena memoria? Quién sabe; lo cierto es que tenía buenas pasiones.

La posteridad memoriosa se justifica con plenitud en un deporte donde el enemigo central es el reloj y donde las biografías son breves. Michel Platini comienza su libro *Mi vida como un partido* con esta confesión de ultratumba: «Morí el 17 de mayo de 1987, a la edad de 32 años, día en que me retiré del fútbol». Sólo los recuerdos otorgan un más allá al futbolista jubilado, lo inscriben en la leyenda o dejan de pasarle la pelota; lo sacan de la cancha, hacia el vestuario de los nombres olvidados.

Un enfático locutor mexicano solía terminar sus transmisiones con el reto: «Ahí les dejo mi reputación para que la destrocen». La verdad sea dicha, muy pocos desean abandonar su suerte a la conciencia pública y el jugador lucha, a veces con penoso arrastre, por prolongar sus domingos de reputación. Nelson Rodrigues observó que todo *crack* viejo (es decir, de 30 y tantos años) «sufre de actualidad». Una mañana la cancha le parece enorme y la portería un borroso espejismo. Sin embargo, la amenaza principal del veterano no llega con su deterioro sino con los números en la banda que anuncian la entrada de un novato. Como entrenador del Real Madrid, Jorge Valdano tomó la temeraria decisión de sacar del campo al *Buitre*, consentido de la afición *merengue*, y explicó el drama en forma inmejorable: «¿Quién era un tal Raúl, por ejemplo, para quitarle a Butragueño la camiseta del Madrid, los titulares de los periódicos y un lugar en el corazón de la gente? Fácil, Raúl era el tiempo, que volvía a ganar a su manera».

Para inmortalizar a un héroe, las Ligas norteamericanas acentúan su ausencia con un gesto definitivo: su camiseta es retirada de la alineación. En San Francisco, el número 16 no volverá a jugar con los 49' o, mejor dicho, ya sólo jugará en la mente

de quienes evoquen los precisos pases de Joe Montana. Ciertos equipos organizan la memoria de tal forma que la convierten en su razón de ser. Durante décadas de sequía, la Universidad de Chile se amparó en un canto que recordaba al lejano *ballet azul* que había sido campeón: «Volveremos, volveremos / Volveremos otra vez / Volveremos a ser grandes / Grandes como fue el *ballet*». En 1994, ganar la Liga significó para ellos un formidable regreso al pasado.

Desde el banquillo de entrenador, Valdano vio a Butragueño perder con Cronos; sin embargo, el fútbol admite otras temporalidades, y el equipo mexicano Celaya, recién ascendido a primera división en 1995, decidió preservar en plena cancha las reliquias del Real Madrid. Butragueño, que no podía competir contra el espectro de su juventud en la Liga española, llegó al Celaya para liderar a un club de *merengues* de la tercera edad, cuya fuerza proviene de lo que ya pasó, y donde también han militado Hugo Sánchez, Michel y Martín Vázquez.

Dejemos a un lado los tiempos memoriosos y volvamos a la realidad de los 90 minutos. ¿Hay alguna táctica para hacer que transcurran de otro modo? En básquetbol o en fútbol americano el «tiempo fuera» ayuda a planear jugadas y enfriar al contrario. En el deporte de las patadas, sólo existe un modo radical de que el árbitro detenga su cronómetro: la caída operística de un jugador –una mano sobre los ojos, otra en el tobillo, la quijada dolorosamente abierta. Por un instante, el más humilde de los contertulios se convierte en estrategia: el masajista entra a la cancha a suspender el juego; a la manera de un brujo, abre el estuche donde lleva una botella de spray antidolor, una esponja, un trapo de la suerte. Aunque todo mundo –incluido el árbitro– sepa que el *faul* ocurrió por abajo, el lesionado recibe chorros de agua en la cabeza, un masaje en el plexo solar, un tratamiento de flexión de piernas para recuperar el aire y, en casos de alta escuela, una curita en la ceja.

Hay delanteros que viven para ser derribados y recibir en pago el tiro penal, la expulsión del adversario, el alarido trágico de la multitud. Los *cracks* que saben desplomarse son ideales para detener el reloj. El único problema es que se acostumbran tanto a inspeccionar las hierbas que en ocasiones olvidan lo que hay que hacer de pie y se sienten eximidos de toda jugada que no conduzca a un tiro libre.

Realmente es asombrosa la frecuencia con que ocurren algunas tretas: un puntero avanza a toda prisa, enfrenta la barrida del defensa, sale despedido por los aires, cae sobre las costillas y a continuación... rueda diez metros, queda boca abajo y patea el suelo como si empezara a cavar su tumba. Nadie, ni el más pasional de los

hinchas, puede creer que un hombre adolorido rueda con tamaño desenfreno. De cualquier forma, el *faul* de marioneta se reclama como auténtico. Mientras la televisión repite con frialdad la jugada donde los héroes echan vaho y el defensa va al balón, el estadio protesta por el crimen que no tuvo necesidad de ver. ¿Hay algún despistado que necesite pruebas para favorecer a su equipo?

Sólo la vocación teatral del fútbol explica que aún prospere este lance vistoso y falaz, y que muchos de los adictos a caerse tengan el pelo largo. Aceptemos que el derrumbe de un calvo es menos dramático que el de un león. Las melenas en desesperado desorden son el símbolo del héroe castigado. El prestigio de los mártires de pelo largo es tan unánime que nadie aceptaría a Sansón, Holofernes, San Juan Bautista, Cristo, Morrison, el Che o el *pibe* Houseman después de un desmitificador trabajo de peluquería. Obviamente, los equipos que no necesitan fingir caídas para ganar pueden raparse sin miramientos, como la selección brasileña que arrolló la copa de Arabia Saudita en 1997.

En descargo de quienes sustituyen la técnica con la astucia, hay que decir que el fútbol sería menos divertido sin las faltas imaginarias. La herida auténtica paraliza el juego y es acompañada de un silencio de cirio pascual. En un partido por el campeonato brasileño entre el Palmeiras y el Vasco da Gama, Viola salió de la cancha en uno de esos carritos de golfista que se usan para que el lesionado no cojee durante una eternidad hasta la línea de cal. Poco después regresó con un ojo cerrado y un andar de zombie, como un boxeador a un golpe del nocáut. Todas las miradas del Maracanã se concentraron en ese hombre que recorría un callejón de embrujo, sin enterarse de la pelota. De pronto, cayó al suelo y no se movió. El estadio más grande del mundo improvisó un responso de murmullos y tambores fúnebres. No hubo que pedir justicia; aquello era una tragedia inobjetable.

Las faltas de acrobacia están diseñadas para detener el reloj pero es muy poco lo que se gana con ellas. Si un árbitro compensa más de cinco minutos, tiene que hacer su testamento. La forma más socorrida de luchar contra los 90 minutos consiste en «hacer tiempo», en procurar que el reloj avance sin que ocurra nada de relieve. Un ejemplo delictivo de los minutos que se tiran a la basura ocurrió en el Mundial de España, en 1982. Alemania y Austria salieron a la cancha con el propósito de romper el récord de pases laterales. La igualada convenía a ambos equipos, de modo que no hubo forma de escapar a ese pacto platónico y siniestro, un virginal 0 a 0. Aunque los equipos uruguayos han ganado fama de administrar



el tiempo (la «garra charrúa» ha sido más cruel con el reloj que con las espinillas de los contrarios), nada supera al histórico *Anschluss* de Alemania y Austria.

Fernando Marcos, decano de los locutores mexicanos, afirma al final de cada partido: «el último minuto también tiene 60 segundos». El refrán condensa la lucha contra el reloj. Cuando parece que todo ha transcurrido, la tribuna aún espera el milagro de los 60 segundos.

Relato que corre con la inclemente alevosía de la vida, el fútbol le debe mucho a la imaginación. En ningún otro territorio 90 minutos duran en forma tan inventiva; incluso las jugadas rápidas dependen del control del tiempo. Un ejemplo emblemático es la *paradihna* al cobrar un pénalty. El atacante enfila rumbo al balón y se detiene un segundo antes de tocarlo. Todo portero sin vocación de estatua cae ante la finta, vencido por esa jugada vacía, la pausa en la que no se puede participar porque ha sido robada al tiempo.

Cuando el silbato del árbitro lanza sus tres notas fúnebres, el partido concluye como trámite jurídico y ofrece su saldo de obituarios y estadísticas; los aficionados eternizan a los héroes breves y en el rostro de los entrenadores aparece una nueva arruga, la señal de que encontraron la forma de vengarse del adversario. El juego entra a la zona de las promesas; lo que ha ocurrido es ya lo que vendrá, el venturoso remedio para los enfermos de tiempo que llenan los estadios.